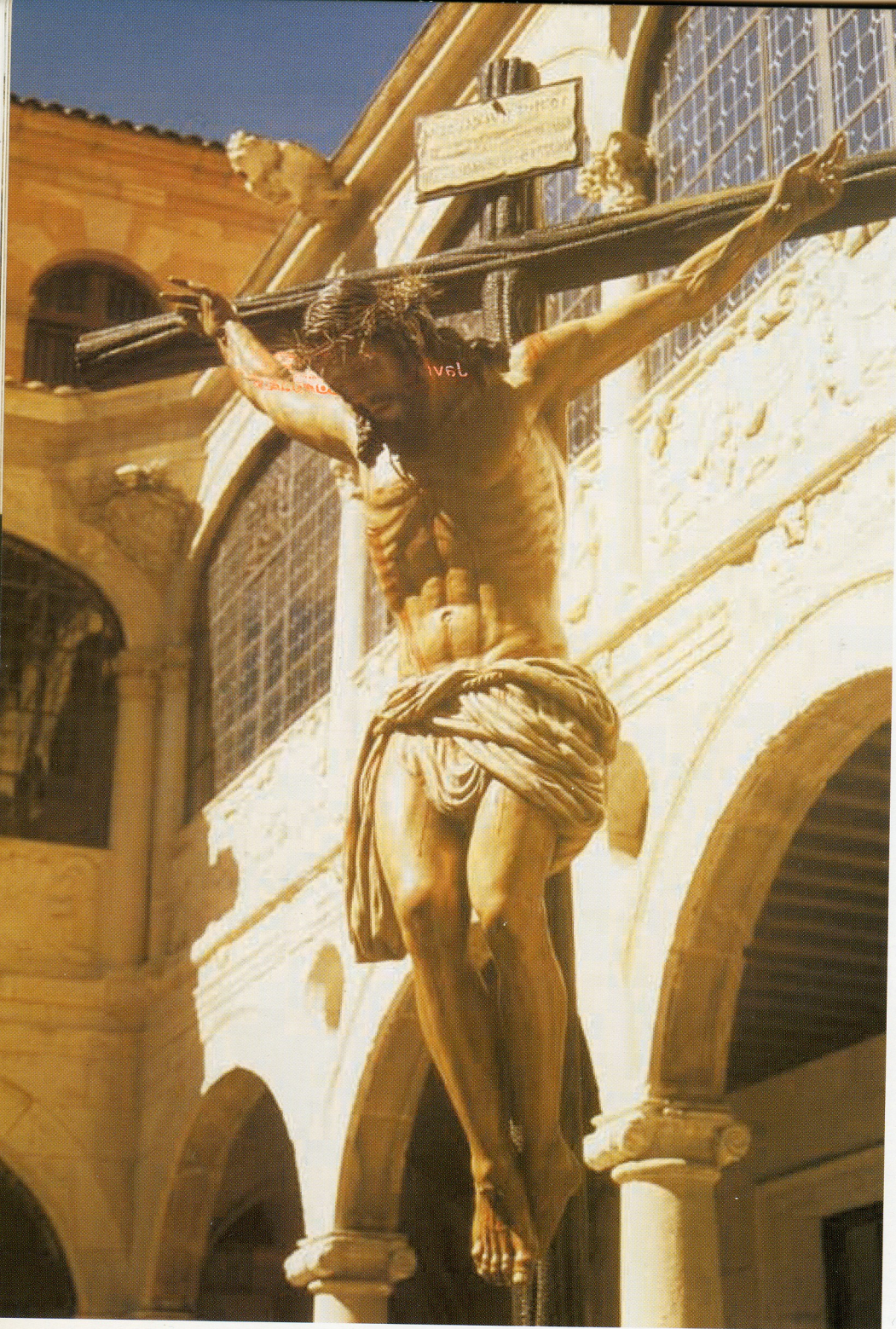


La Lanzada

El único Evangelista que recoge el momento de la Lanzada es Juan (19:28-37) donde Jesús menciona la frase "Tengo Sed". Uno de los soldados le ofrece una esponja clavada en una rama de hisopo o una lanza con un brebaje denominado "posca" una mezcla de vinagre, vino y miel y se la llevaron a la boca. Apenas hubo probado el líquido, dijo Jesús: "Todo está acabado" y entrego su espíritu. Al acercarse el sábado, día sagrado para los judíos y ese con especial relevancia al ser Parascève, para que no quedasen los tres cuerpos de los crucificados a la vista de todo el mundo, rogaron a Pilato que les rompiese las piernas para adelantar su muerte. Así lo realizaron con los dos ladrones, Dimas y Gestas, cuando le llegó el turno a Cristo le vieron ya muerto y no le fracturaron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con su lanza para comprobar su fallecimiento. De forma inmediata comenzó a salir sangre y agua de la herida, de tal forma se había cumplido la Escritura Sagrada en la cual dice expresamente que: "No romperéis ni uno de sus huesos". En la ley mosaica en el Éxodo se prescribe claramente que en ningún caso los huesos del Cordero Pascual deben quebrarse. Una de las similitudes que se establecen con la figura de Jesús es el Cordero, tenemos un ejemplo cercano en el tímpano de la portada principal de Colegiata de San Isidoro. Asimismo ofrece connotaciones metafóricas con el pez, el buen pastor o el trigo. De tal forma se sustituye el "crurifragium" (rotura de piernas) por la lanzada. Existe otro tipo de tradición que insinúa que Jesús todavía estaba vivo en el momento de la penetración de la pica en su cuerpo, según se recoge en un pasaje interpolado del Evangelio de San Mateo. De tal manera sigue constando en el responso "Tenebrae" del Oficio del Viernes Santo y se cita al





Redentor con vida. El mismo docto benedictino Hesbert de la abadía de Solesmes, recogió una compilación de obras pictóricas donde aparece representado como Jesús vivo. Miniaturas, frescos, baldaquinos de oro de San Ambrosio de Milán, Evangelionario de Rabbulos, Sermones de Gregorio Nacianceno, Evangelionario de Angers, frescos rupestres de Capadocia, la

mayor parte de las obras tienen un arco temporal entre el siglo VI y el XII, en las cuales aparece la figura de Jesús atravesado por la lanza con los ojos abiertos. De tal modo existen dos teorías. La primera basada en el Evangelio interpolado de San Mateo donde la transfijión del Señor se habría realizado antes de su muerte y la segunda de Juan, supuestamente testigo ocular habría sido después. Para los teólogos de la Edad Media,

ese fenómeno tiene un componente simbólico de carácter bautismal y eucarístico. Agua = bautismo. Sangre = eucaristía.

En las tendencias artísticas alegóricas el momento de La Lanzada se enmarca en un contexto prefigurativo bíblico, la imagen de la Iglesia es representada por Eva al salir de la costilla de Adán, mientras que Moisés hace brotar una fuente de la roca con la ayuda de su vara en el monte Sinaí.

Desde el punto de vista médico el suceso tiene una explicación científica la aparición del agua y la sangre fueron producto de una posible pleuresía, debido a la predisposición de Jesús para contraer tuberculosis, más que probable tras la penosa pasión sufrida horas previas a su muerte.

Pero la devoción popular, sobre todo la emanada de la tradición medieval, no podía contentarse con relatos más o menos ciertos de los acontecimientos bíblicos, necesitaba un acercamiento más directo a esos personajes que compartieron el último aliento en la vida de Jesús. Se hacía preciso el conocimiento de sus nombres. De acuerdo con los Acta Pilati, se denominarían Longinos y Stephaton. El primero parece clara su procedencia, en griego lanza se denomina "longke" de tal forma el Longinos solo sería una pica personificada. Por desgracia conocemos poco sobre la personalidad del soldado que infringió la herida a Jesús. Juan nos habla de un hombre de la tropa romana que atravesó el costado de Cristo con su lanza o hisopo. Curiosamente los Evangelios sinópticos (Mateos, Marcos y Lucas) mencionan el testimonio de un centurión, que se había convertido tras la muerte de Cristo, exclamando: "Vere Filius Dei era tiste" Verdaderamente éste es Hijo de Dios. Esta figura de la escena pasional del calvario fue inscrita en el Menologio griego, 16 de octubre y en ocasiones identificada con el lancero y bautizado como Longinos. Es un tanto chirriante la teoría que al mismo tiempo que comete un acto tan agresivo como la penetración con la lanza pueda confesar de forma inmediata su divinidad. En la Leyenda Dorada se va más allá convirtiéndole en un héroe de novela. Se le plasma como un hombre ciego y habría sido curado de forma milagrosa con una gota de sangre procedente del costado de Jesús. La Iglesia Católica lo convirtió en Santo, figurando en el Martirologio roma-

no en la fecha 15 de marzo. Resulta difícilmente comprensible que las tropas romanas empleasen soldados ciegos para este tipo de acciones ejecutorias y mucho menos para asestar el golpe de gracia al reo, como era la rotura de las piernas o la comprobación de su muerte a través de la introducción de la lanza. Huelga decir que una de las reliquias más renombradas por la iglesia católica y exhibida en la basílica de San Pedro de Roma es la lanza del supuesto centurión romano: "Longinos".

La leyenda de la lanzada fue incluso recogida en el ciclo del santo Grial o Graal injertándose por lo demás algunos de los antiguos conceptos axiales. En muchas ocasiones la lanza ha sido concebida como rayo solar en torno al cual se ordena la fundación del cosmos hito de referencia para los dioses creadores. En los pueblos germánicos la lanza, junto con el escudo es el símbolo de la completa libertad del individuo. Mientras que en África es la prosopopeya de la fuerza guerrera, llegando a quedar personalizada.

El resultado final en el ámbito cristiano de los dos longinos, que aparentemente parecen excluyentes, en muchas ocasiones se yuxtaponen. Por ejemplo en el retablo de Conrad de Soest en Niederwildungen, en Westfalia (1404) los personajes aparecen en pareja, uno a cada lado de la cruz. Uno como centurión con la inscripción reconociendo que era hijo de Dios y el segundo, ciego hundiendo la lanza en el costado, cuya gota de sangre le devolverá la vida. Para que sea más palpable su ceguera el longinos es acompañado por un asistente. Lo normal es que el Longinos aparezca representado solo como lo hizo Mantenga, eso sí entre los patronos de Mantua, en la Madonna Della Vittoria en el Louvre. Del mismo modo lo plasma el genial Grünewald en su Crucifixión de Basilea. Siguiendo el marco pictórico barroco una de las escenas más potentes referidas al Longinos sea la ejecutada por Rubens en el cuadro de La Lanzada en el Museo de Amberes. En el campo de la escultura Bernini le eleva a la categoría de "San Longinos" y le sitúa en uno de los ábsides de la basílica de San Pedro en Roma acompañando a otras tres estatuas colosales.

En cuanto al personaje que le entrega la esponja empapada en posca "Stephaton" el arte se inte-

reso mucho menos por su representación. En los Acta Pilati se le denominó "Esopo" o simplemente "hisopo", planta aromática cuya vara abría servido de asta a la esponja empapada en la pócima. Al ser una planta pequeña, muchos afirman que la cruz estaría a baja altura. Aunque tampoco se puede descartar la utilización de otra lanza para la aproximación de la esponja a la boca del Señor, al ser lo más cercano que los soldados disponían. Se le suele colocar a la izquierda de Cristo como símbolo de los judíos recalcitrantes frente al lancero que representa a los gentiles converti-

dos a la derecha aunque existe alguna excepción como un Evangelario Irlandés del siglo VIII conservado en la iglesia de San Galo donde el orden se invierte a lo tradicional. En algunas esculturas prerrománicas, Longinos y Stephaton aparecen al lado del Crucificado con una rodilla en tierra.

*Javier Caballero Chica.
Historiador del Arte*

